

1

LEALTAD, 1:
UN EDIFICIO VIVO



Captura para ver este capítulo en la web

6



El edificio de la Bolsa en el número 1 de la Plaza de la Lealtad cumple 125 años de existencia y está muy vivo. Entre los empla-

zamientos de las Bolsas europeas surgidos a mediados del siglo XIX -prácticamente una veintena de los edificios bursátiles de Europa se construyen durante la segunda mitad de ese siglo- es prácticamente el único de sus coetáneos que sigue cumpliendo la función de lugar de encuentro financiero para el que fue creado. Salvo Nueva York, Francfort o alguna plaza más en Latinoamérica, no quedan ya edificios singulares que continúen justificando su comienzo bursátil, por más que ahora cumpla fines de representación y referencia académica del siempre especial mundo financiero-bursátil.

La Bolsa era muy pequeña en España cuando se inauguró el actual edificio, al final del siglo XIX. Como lo eran entonces el propio negocio bursátil -circunscrito a la negociación de la Deuda del Estado en un 99%- , el sistema financiero -dominado por el Banco de España y un puñado más de pequeñas

entidades- o la economía de un país que pronto perdería sus últimas colonias. Su impacto social y el conocimiento del negocio de las acciones eran limitados, pero ya entonces la Bolsa era una institución con mucha personalidad, no sólo por el edificio, sino porque se le reconocía una relevancia social de la que participaban los agentes de cambio de entonces, aun sin una conciencia de lo que representaba el mecanismo bursátil como elemento financiador de la economía.

Desde el punto de vista arquitectónico, lo más interesante es que, para mucha gente, el edificio, por su estructura, impone respeto -en el sentido positivo- en relación a las finanzas. A ello contribuye no sólo el perfil arquitectónico, sino también el hecho de ser un lugar para cuyo acceso privilegiado había que reunir determinados requisitos. Esto siempre ha marcado, e incluso lo hace hoy, una pauta para este tipo de edificios. Hay una especie de comunicación entre el edificio y la singularidad del trabajo bursátil, con independencia de que éste sufra permanentes cambios. Enseguida se percibe que el edificio es singular, elegante, distinto. Que, a pesar de que los Agen-



Hall de entrada

Hay una especie de comunicación entre el edificio y la singularidad del trabajo bursátil. Algo que hace al Palacio de la Bolsa un lugar único.

A día de hoy, sus instalaciones acogen cada año a más de 65.000 personas que asisten a salidas a Bolsa, reuniones, eventos, presentaciones o cursos de formación.



Escalera de Acceso

La propiedad del Palacio de la Bolsa pasa en 1921 de los Agentes a Patrimonio del Estado, ante la dificultad de aquellos de hacer frente al crédito solicitado para su construcción.

tes tenían una función pública, el edificio de la Bolsa tiene un carácter menos administrativo que, por ejemplo, un ministerio al uso. La dimensión pública de la Bolsa se recoge arquitectónicamente de un modo ni público ni privado, en una combinación muy curiosa.

PERSONAS, HUMO, VOCES Y PAPELES

Hasta prácticamente la década de los años 60 del siglo pasado, hay muchos años en los que la vida dentro del edificio de la Bolsa podía considerarse tranquila, pero singular y excepcional para muchos. La referencia obligada para conocer ese periodo es la monumental Historia de la Bolsa del antiguo Agente de Cambio y Bolsa José Antonio Torrente Fontuño, repleta de discursos, relatos y anécdotas de una Bolsa muy ceñida a un sistema financiero pequeño. De hecho, desde que Pedro Sáinz de Andino elabora la primera ley moderna de la Bolsa en 1831 hasta la Reforma de la Ley del Mercado de Valores de 1988, hay una fase histórica muy amplia en la que de lo que más se habla es de las peculiaridades del edificio y de su singularidad. Desde ese momento hasta la época contemporánea, se pasa de puntillas por la historia del edificio, mencionando apenas el cambio en su propiedad –que pasa de manos de los Agentes a las de Patrimonio del Estado por las dificultades financieras de estos–, en los efectos del ‘crack’ de 1929 –que no afectó a una Bolsa española muy limitada– y en el cierre del edificio durante la Guerra Civil de 1936, un periodo apenas documentado del que la Bolsa salió indemne.

La vida del edificio de Lealtad, 1 se animó con los primeros atisbos del capitalismo popular de los años 70, 80 y 90, ya en el siglo XX, cuando surgen las privatizaciones de empresas públicas y se desarrollan fenómenos como el de las ‘matildes’ de Telefónica. ‘La Herradura’, como llamaban entonces a la galería quienes trabajaban en el Palacio de la Bolsa, estaba

LEALTAD, 1 ES DE LOS
POCOS EDIFICIOS EN EL
MUNDO QUE CONTINÚA
JUSTIFICANDO SU
COMIENZO
BURSÁTIL



inundada físicamente por pilas de títulos representativos de acciones, con un trasiego de personas y papeles, en un momento que atrajo la atención de la inversión extranjera y luego dio paso a una aceleración de los volúmenes de contratación.

Ese ambiente de personas, humo, voces y papeles ha ido desapareciendo con una rapidez tremenda y más acelerada de lo que nadie pensaba, debido a factores como la desmaterialización de títulos –su desaparición física–, las reformas del mundo de la Deuda y del Banco de España, con las anotaciones en cuenta, y después de la Bolsa, con la llegada de las referencias electrónicas, confluyendo en la gran Reforma de la Ley del Mercado de Valores de 1988. El edificio es un buen testigo de todos esos cambios.

ADAPTACIÓN A LOS TIEMPOS

En paralelo, el edificio, también muy aceleradamente, ha sabido acoger los cambios producidos en el negocio bursátil y lo mejor que se puede decir es que nunca ha habido situaciones complicadas o de crisis en las que la Bolsa haya tenido un protagonismo: siempre ha sabido servir a cada situación y cumplido su papel.

La gran transformación para el edificio se produce cuando las transacciones dejan de hacerse de viva voz. El edificio se ha quedado silencioso y ha perdido las voces de aquellas mil personas que en los momentos más álgidos podían reunirse en el parque entre agentes, apoderados y demás figuras protagonistas de la contratación de la antigua Bolsa. Todavía se conservan en el Salón de Contratación las placas que indican cuándo y sobre qué se celebraban los corros, sus horarios...

Salón de Contratación

La gran transformación para el edificio se produjo cuando las transacciones dejaron de hacerse a viva voz. La incorporación del sistema electrónico terminó también con los títulos físicos.



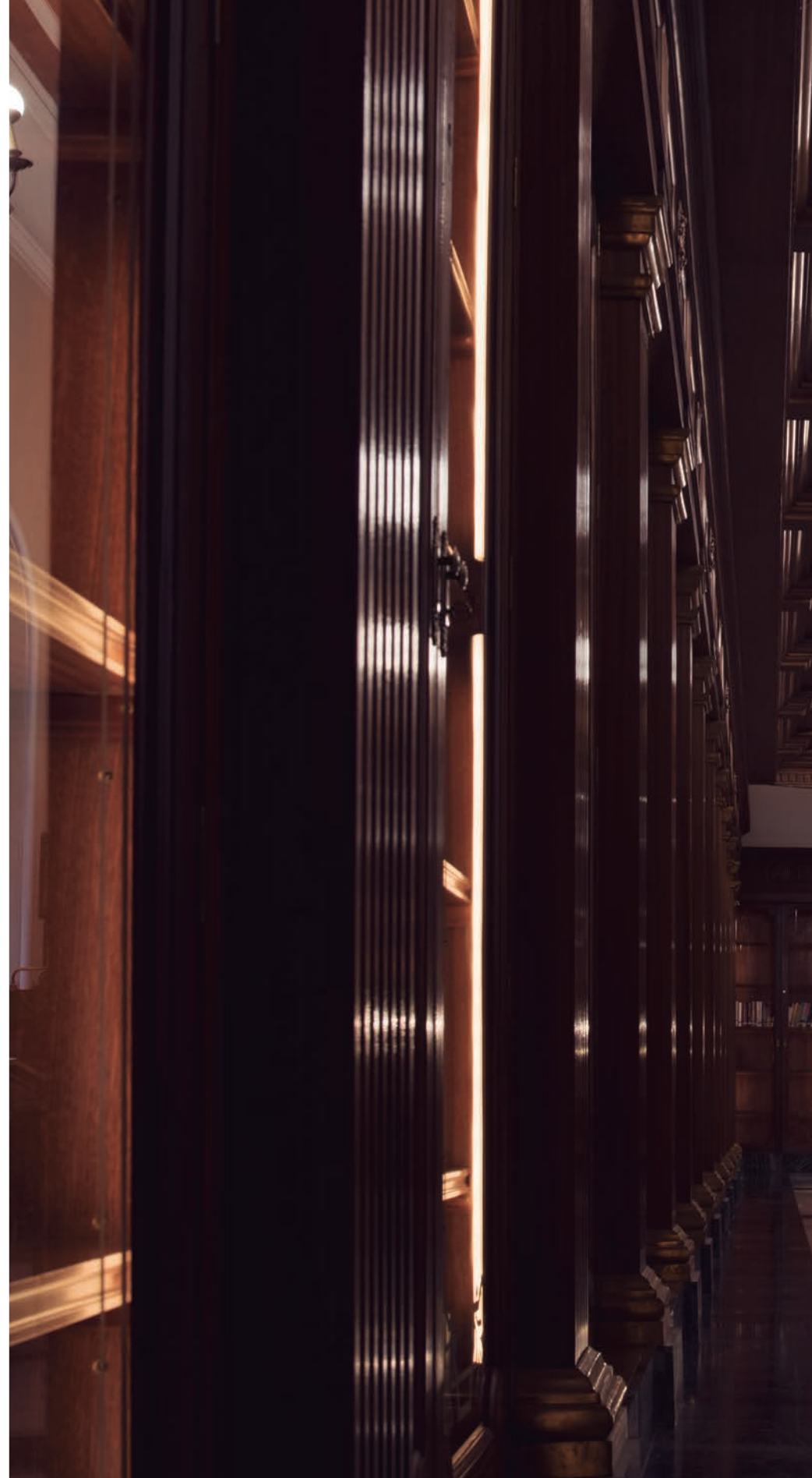
Pero permanecen los paneles que reflejan con su ruido metálico la variación de las cotizaciones, como un recuerdo de aquellas épocas de cambio.

Lo que más llama la atención es la singularidad en la que ha quedado el edificio de la Bolsa, que entre todos se haya sabido mantener y hacer un uso adecuado de él, convirtiéndolo en una pieza casi única dentro del entorno bursátil mundial. En esta posición ha influido no sólo que el edificio está muy bien ubicado, sino también que ha sabido amoldarse a su papel en la sociedad. Externa y socialmente, se ve a la Bolsa como algo natural y no ha concitado rechazo o consideraciones críticas, como ha ocurrido en otras ciudades, en las que ha habido presiones para que los edificios bursátiles fueran destinados a otros usos.

El gran edificio de la Bolsa ha quedado vacío de voces, pero conserva su función como sede de BME y de la Bolsa de Madrid, así como para actos de representación financiera y académica. Todavía hoy recibe las visitas de parques del mundo, que se acercan interesados en saber cómo ha sido capaz de adaptarse a todo tipo de cambios durante más de un siglo de vida. □

12

EL EDIFICIO CONSERVA
SU FUNCIÓN COMO
SEDE DE BME
Y DE LA BOLSA DE MADRID





Biblioteca nueva

La dimensión pública de la Bolsa se recoge arquitectónicamente de un modo ni público ni privado, en una combinación curiosa.